

VUELTA DE LOS DÍAS

VEINTE AÑOS DE VUELTA: LARGA TRAVESÍA

El 10 de diciembre pasado, para celebrar su vigésimo aniversario, *Vuelta* ofreció una recepción en el edificio del Claustro de Sor Juana, en la que Octavio Paz, Enrique Krauze y Aurelio Asiain pronunciaron las palabras que a continuación se reproducen.

Queremos darle las gracias, ante todo, a nuestros amigos del Claustro, y especialmente a Carmen Beatriz López Portillo y Juan Manuel Silva, presidenta y rector de la institución, lo mismo que a Gerardo Estrada, director del Instituto Nacional de Bellas Artes, y, desde luego, a los amigos—colaboradores, consejeros, anunciantes, periodistas— que nos acompañaron esa noche, lo mismo que a quienes no pudieron hacerlo.

También queremos agradecer la atención prestada por la prensa—la prensa cotidiana y algunos, no todos, los suplementos culturales— a este aniversario nuestro y, en especial, la revisión crítica de la revista *Viceversa*.

DOS DÉCADAS DE VUELTA

OCTAVIO PAZ



La vida de las publicaciones literarias es en general corta; *Vuelta* es una excepción: veinte años son muchos años para una revista literaria. Hay otro hecho quizá de mayor peso y significación: somos independientes. *Vuelta* no es una publicación subvencionada o dependiente de una editorial o un periódico, de una academia o una universidad, de un ministerio o una agencia gubernamental. Es una empresa privada. Estos dos términos requieren una explicación. Es una empresa no sólo en el sentido de ser la obra de un grupo independiente, sino en el más antiguo y

caballeresco de acometer una acción difícil, sin ánimo de lucro o de ganancia; si *Vuelta* no es una hazaña, tampoco es un negocio. Enseguida: somos una agrupación privada pero nuestra acción es pública y lo son nuestros propósitos. No queremos ganar conciencias o votos; queremos decir algunas cosas y queremos ser oídos. Nos anima, desde el primer número, una idea de la literatura que se puede, sumariamente, reducir a dos verbos: decir y oír. Para ser un buen escritor hay que comenzar por saber oír, tanto la voz de los muertos como la de nuestros contemporáneos vivos; y un buen lector es

aquel que, en cierto modo, es autor de la obra que lee. La obra recucita de la tumba del libro o de la revista apenas unos ojos amorosos y lúcidos recorren sus páginas. La lectura revive, literalmente, a la obra; y ella, en cada una de esas resurrecciones, es simultáneamente otra y la misma. *Vuelta* no ha querido ser sino una parte del proceso en que consiste esencialmente la literatura: la relación viva entre el decir y el oír, el nacimiento silencioso y solitario de la obra y su prodigioso y múltiple renacer en el espíritu de sus lectores.

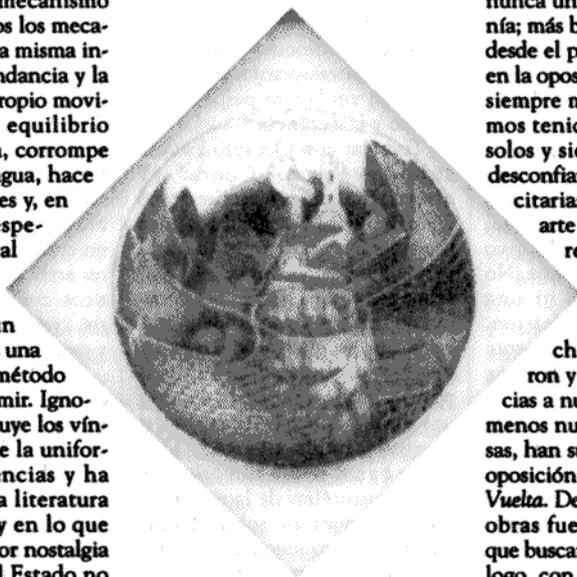
Los veinte años de *Vuelta* son en realidad veinticinco. *Vuelta* comenzó en *Plural*, de modo que es la continuación de aquella revista. La continuación y su transformación: para persistir hemos tenido que cambiar. Durante estos veinticinco años hemos coexistido—más bien: convivido— con las inmensas luchas y debates de este cuarto de siglo. Hemos sido testigos del derrumbe del socialismo totalitario y del lento pero implacable desmoronamiento del sistema político mexicano. En *Vuelta* no hemos sido ajenos a estos combates; al contrario, como escritores, hemos participado activamente en ellos. ¿Ha cambiado el panorama? Sí y no. Aunque es imposible cerrar los ojos ante las graves imperfecciones de las democracias contemporáneas, especialmente en nuestro país, en donde todavía nos queda mucho por hacer, es innegable que la desaparición del totalitarismo despejó el horizonte. No enteramente y no por mucho tiempo. Aparte de que aún quedan algunos sobrevivientes

del "socialismo autoritario" en América y en Asia, han aparecido en todo el mundo realidades que creíamos enterradas por la historia: los racismos, los nacionalismos, los fanatismos religiosos. Los crueles fantasmas del pasado han reencarnado en este fin de siglo.

El triunfo de la economía del mercado libre sobre la estatizada no ha llevado la abundancia a los pobres y el desempleo se ha convertido en una llaga permanente de los países desarrollados. Lo he dicho muchas veces y hoy lo repito: el mercado es un mecanismo eficaz pero, como todos los mecanismos, es ciego: con la misma indiferencia crea la abundancia y la miseria. Dejado a su propio movimiento, amenaza el equilibrio ecológico del planeta, corrompe el aire, envenena al agua, hace desiertos de los bosques y, en fin, daña a muchas especies vivas, entre ellas al hombre mismo. Por último y sobre todo: no es ni puede ser un modelo de vida. No es una ética sino apenas un método para producir y consumir. Ignora la fraternidad, destruye los vínculos sociales, impone la uniformidad en las conciencias y ha hecho del arte y de la literatura un comercio. No hay en lo que acabo de decir la menor nostalgia por la estadolatría. El Estado no es creador de riqueza. Muchos nos preguntamos: ¿esta situación no tiene remedio? Y si lo tiene, ¿cuál es? Mentiría si digo que conozco la respuesta. Nadie la conoce. Nuestro siglo termina en una inmensa interrogación. ¿qué podemos hacer? Como escritores, ofrecer nuestro testimonio. Decir con veracidad lo que sentimos y pensamos es ya el comienzo de una respuesta.

He tocado temas sociales, morales y políticos porque son parte de la historia de *Vuelta*. Estos temas, apenas si necesito señalarlo,

no han sido nuestra única preocupación ni tampoco la central. Desde el principio lo dijimos: somos y queremos ser servidores de la literatura. Servirla bien, con honradez, inteligencia y sensibilidad es una tarea difícilísima. No siempre hemos acertado y no nos avergüenza confesar nuestras omisiones y equivocaciones; agradecemos asimismo las críticas, cuando son objetivas y bien intencionadas. Sin embargo, creo que no es demasiada vanidad de mi parte afirmar que muchos de



nuestros autores, gustos, criterios y preferencias, al principio vistos con desdén, han sido consagrados por la silenciosa aprobación de lectores numerosos. Las editoriales, las revistas y los suplementos culturales hoy publican con frecuencia escritores que aparecieron en *Vuelta* por primera vez hace bastante tiempo. En esto y en otros asuntos menores, como el diseño y la tipografía, hemos tenido y tenemos seguidores. El estilo y los gustos literarios de *Vuelta*, y no sólo las ideas y los temas, se

han infiltrado en la vida literaria de México. Involuntaria y por esto aún más valiosa compensación de veinte años de ataques, denuestos y silencios.

Vuelta ha sido un agente activo en la vida literaria, artística e intelectual de nuestro país, tanto en la esfera de la creación como en las de la crítica y el pensamiento. Subrayo igualmente nuestro interés por la filosofía, la historia y, *rara avis*, en la literatura mexicana, por la ciencia. No somos, claro, los únicos y no nos ha animado nunca una ambición de hegemonía; más bien ha sido lo contrario: desde el principio nos inscribimos en la oposición y en la crítica, casi siempre minoritarias. Nunca hemos tenido miedo de quedarnos solos y siempre hemos visto con desconfianza las maniobras publicitarias que hoy corrompen al arte y a la literatura. Me parece que de esta manera hemos ayudado a la presente pluralidad de obras y tendencias. Muchas de esas obras nacieron y se han desarrollado gracias a nuestro estímulo; otras no menos numerosas, algunas valiosas, han surgido como negación y oposición a lo que es o representa *Vuelta*. De una y otra manera, esas obras fueron y son la respuesta que buscamos. La literatura es diálogo, con frecuencia contradictorio. Nuestra misión ha sido avivar ese diálogo.

¿Cuál será el porvenir de *Vuelta*? No lo sé. Lo único que sé es que un día —pronto— dejaré la revista. *Vuelta* es una obra, mejor dicho: una pasión, colectiva. Hace mucho, en un poema, me pregunté: "¿cómo decir *buenos días* a la vida?". Estoy seguro de que *Vuelta* mañana sabrá decirle a la vida, como lo ha hecho durante estos veinte años: ¡*buenos días*, aquí estamos! ◀

MÉXICO, A 10 DE DICIEMBRE DE 1996.

UNA LARGA TRAVESÍA

ENRIQUE KRAUZE



“Es una pequeña barca”, me dijo Alejandro Rossi, en aquella ínfima oficina de Mixcoac donde tres meses antes había nacido la revista *Vuelta*. Hablábamos rodeados de los legajos y papeles que constituían el viejo archivo de *Plural*. Rossi me dio los instrumentos indispensables para la navegación: índices parciales de números en preparación, libretas de teléfonos y direcciones, una idea clara del proceso editorial. Pero lo decisivo fue su llamado a embarcarme. No me ofrecía un puesto ni una chamba: me ofrecía un destino. Acepté de inmediato. Vagamente entreví lo que me esperaba: una larga e intensa travesía.

Editar una revista es una empresa más generosa que editar libros porque todos los meses se toca tierra firme. He hojeado lentamente, como quien desempolva una bitácora, las colecciones de *Vuelta*, y cada portada me remite a una aventura distinta: un largo poema memorable, una traducción inédita, la originalidad de una narración, la sorprendente aparición de un nuevo autor, la presencia milagrosa de nuestros clásicos, el oleaje que levantó algún ensayo crítico. Detrás de cada colaboración hay una historia. Todo vuelve a la memoria, hasta nuestras fallas (como aquella célebre errata en la palabra “errata” en una “fe de erratas”) o nuestros momentos chuscos (como aquel cheque que un contador me dio a firmar a

nombre de un misterioso autor portugués: Luis de Camões). Cada número de *Vuelta* es una isla, pero no una isla a la deriva sino la parte de un archipiélago que el editor descubre, conquista y crea mientras avanza, y que sólo revela su verdadero perfil con el tiempo y la distancia.

Trabajar con Octavio Paz era como navegar con Conrad. (Y que yo sepa, ningún escritor tuvo ese privilegio). Pasaban los años y yo no me acostumbraba a la perplejidad de conversar casi diariamente con él. Aquello era como una travesía dentro de la travesía, porque el capitán Paz podía derivar la ruta hacia todos los puntos cardinales de la cultura universal. No había sistema en el trayecto, había libertad. Una queja banal podía llevarlo a la teoría aristotélica de la melancolía; un comentario sobre el alma femenina lo conducía a un irónico poema de Pope, a un pasaje de Lawrence o a un perturbador verso hindú; la intolerancia de los teóricos del presente era un eco de los teólogos del pasado. De esa sustancia alegre, alerta, expansiva y volátil está hecha su imaginación editorial. El amanecer de cada número era un acto de inspiración, pero al paso de las horas nuevos elementos acotaban el índice propuesto hasta darle forma definitiva: el rigor crítico, el sentido de la oportunidad, la voluntad de equilibrio, el peso de la responsabilidad pública.

Perdurar no fue fácil. Nada

aseguraba el arribo feliz del número siguiente. El riesgo era real porque era un riesgo elegido: no queríamos depender de nadie sino del público lector y de los anunciantes. Para servirlos nos ayudó la experiencia. El Director y los miembros del Consejo de Redacción llevaban años de trabajar juntos. Antes de *Vuelta* habían hecho *Plural*, y antes de *Plural* habían convergido en otras revistas y proyectos culturales. Nos ayudó la incorporación entusiasta y creativa de las nuevas generaciones representadas, en su mejor instancia, por el actual Secretario de Redacción, el poeta Aurelio Asiain. Nos ayudó el esfuerzo de muchas personas en los diversos ámbitos de la empresa. Nos ayudó también la amistad, la de nuestros compañeros en cada puerto y la que procuramos construir entre nosotros. Nos ayudó, finalmente, la fe en un conjunto muy preciso de valores artísticos, intelectuales y políticos: creímos en la calidad literaria, creímos en la verdad objetiva, y creímos en la democracia.

En el trayecto ha habido de todo: batallas extraordinarias y escaramuzas un tanto vanas; días alciónicos y días tempestuosos en el ojo del huracán, descubrimientos y desandanzas. La pequeña barca exploró intensamente las regiones más diversas. En la historia, que me toca muy cerca, abordamos el pasado de Oriente y Occidente, los tiempos recientes y remotos, los géneros tradicionales y los modernos. Recorrimos con particular cuidado la historia prehispánica y quisimos revisar con una mirada fresca las etapas siguientes, del México colonial hasta el pasado inmediato. Nuestra revista, en fin, trajo a México temas, autores, ideas, textos de otras lenguas. Y ha llevado a otras tierras la literatura y el pensamiento de México. Queremos creer que *Vuelta* ha elevado el nivel de exigencia literaria en el país, ha disipado menti-

ras y equívocos, ha desacreditado el provincianismo sin renunciar a la identidad. ¿Hemos estado a la altura de nuestra misión? No es a nosotros a quienes corresponde emitir un juicio. Además, no hay tiempo. La travesía continúa, el próximo número está a la vista, hay que imaginarlo.

¿Y cuando el trayecto termine? Para ese momento me gusta recordar un cuento futurista del filósofo polaco Leszek Kolakowski. En él hace un recuento de los vesti-

gios que encuentra un habitante de la tierra tras el desastre universal, cuando "las aguas arrasaron dos tercios de la tierra... y una serie de explosiones a gran escala y de origen desconocido destruyeron el resto". Como en un mapa desgarrado, debe hacerse una idea aproximada de la cultura perdida. Sólo le quedan fragmentos: ocho libros, algunos periódicos (*Il Messaggero*, *The Times*) y un ejemplar de la revista *Vuelta*. ◀

BRINDIS

AURELIO ASIAIN



A diferencia de Octavio Paz y de algunos amigos que nos acompañan esta noche, no viví de cerca la caída de Julio Scherer, la salida de *Excelsior* ni la aventura de echar al agua una nueva nave. No vendí boletos para la rifa del cuadro de Tamayo —que nunca he visto, por cierto— ni me desvelé, como Alejandro Rossi y José de la Colina, corrigiendo galeras en la confusa imprenta del generoso Guillermo Mendizábal. Tampoco vi a Gabriel Zaid revisar los balances financieros de los primeros meses, ni sentí los nervios de Enrique Krauze al tomar el timón del pequeño barco. Podría contarles, eso sí, un buen número de anécdotas de esos meses heroicos; pero son de segunda mano, seguramente se me escapan muchos detalles y, estando aquí los protagonistas centrales, sería una impertinencia de mi parte.

La primera vez que —por inci-

tación de Gabriel Zaid— sometí unas páginas mías a la consideración de Enrique Krauze, *Vuelta* ya iba por el número cuarenta, había mejorado notablemente su diseño inicial, se imprimía en talleres más profesionales y salía a la calle, como lo ha hecho casi siempre hasta la fecha, con un ligero retraso. Más de una vez tuve que volver al kiosko varios días seguidos hasta hacerme con un ejemplar de la revista. Había hojeado el primer número en el patio del Instituto Luis Vives, donde el ejemplar llevado por Fernando Lipkau había corrido de mano en mano, y luego lo había leído de cabo a rabo, como todos los siguientes. Yo era lector de *Plural*, que llegaba cada mes a mi casa, y la nueva salida a la calle de la revista, ahora con otro nombre, no dejó de emocionarme.

¿Qué es lo que buscaba en esa revista? No sabría decirlo con precisión y podría en cambio llenar

una página con nombres y apellidos. Me atraía la posibilidad de encontrar un poema de Tomás Segovia, un ensayo de Gabriel Zaid, una crónica de José de la Colina, el "Manual del distraído" de Alejandro Rossi, la "Camera lucida" de Salvador Elizondo, por supuesto las páginas de Octavio Paz. Nombro a los de la casa pero no olvido a los que, si no vivían ahí, la frecuentaban: Jorge Luis Borges, Italo Calvino, Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante, Mario Vargas Llosa, Gonzalo Rojas, Pablo Antonio Cuadra, Jorge Edwards. ¿Qué es lo que unía a esos nombres, aparte de la decisión, declarada en el editorial del primer número de la revista, de ejercer la literatura "en el sentido más amplio de la palabra literatura: invención verbal y reflexión sobre esa invención, creación de otros mundos y crítica de este mundo"?

Muy pocas cosas, pero no hacía falta más. Jorge Ibarguengoitia y Salvador Elizondo, Rafael Segovia y Gabriel Zaid tenían muy poco en común salvo la buena pluma, las buenas maneras intelectuales y el hecho de no usar notas a pie de página y evitar lo mismo las superestructuras que los gramemas. Quien quiera revisar los índices de la revista encontrará que la inmensa mayoría de sus colaboradores son poetas y escritores de ficción y los géneros más practicados en sus páginas han sido la poesía y la crítica literaria. Eso bastaría para desmentir a quienes repiten la especie de que *Vuelta* es una revista esencialmente política, si no fuera porque la maledicencia no se alimenta de datos y hechos sino de rumores e impresiones. Es cierto: la crítica de la actualidad política ha sido una tarea constante de sus editores, que en ese género han librado algunas de sus batallas más sonadas. Pero junto a la crítica del socialismo real y los regímenes tota-

litarios, del PRI y la cultura patrimonial, *Vuelta* ha mantenido también —más silenciosa, más persistente, más obstinadamente— una actitud alerta ante los poderes insidiosos del mercado, en particular en el campo de la cultura.

Vuelta —lo ha dicho Octavio Paz— se ha opuesto una y otra vez a la confusión entre la verdadera literatura y los productos de la mercadotecnia, pero también —agrego— a los sarampones que infectan a nuestras clases intelectuales, demasiado propensas a entusiasmarse con las etiquetas del mercado editorial de occidente y a sumarse a los cantores del postestructuralismo, la posmodernidad, la posvanguardia, la Nueva Era. Ello le ha permitido a *Vuelta* el lujo nada desdeñable de una duradera legibilidad y, hoy que la hojarasca derrideana empieza a pudrirse sobre el humus infecundo de otros brotes logorreicos y que las pilas de papel mojado con que se hundió el último postmarxismo apestan a sacristía, las páginas publicadas durante veinte años en la revista siguen siendo actuales. No sólo eso: a veces lo son más hoy que antes. Desde que empecé a leer *Vuelta* advertí cómo la actualidad de las discusiones planteadas en sus páginas no solía reveláreme sino pasados varios meses. Un lector atento advertirá también cómo en años recientes, mientras los análisis políticos locales se llenaban la boca de "retos", "desafíos" y "certidumbres", esa empeñosa terminología tomada del periodismo norteamericano ha estado ausente de las páginas de *Vuelta*. Tampoco se verá que, para definir a la promoción más reciente de escritores mexicanos, ningún crítico de la revista adopte la etiqueta de la "Generación X", cen-

cerro que hoy reclama una serie de borregos. No se encontrará tampoco en ellos la exaltación de la crónica periodística al grado supremo de la excelitud literaria, ni tantas otras necesidades a la moda..

No hay que desprender de lo que he dicho, sin embargo, que *Vuelta* se defina en primer lugar por sus negaciones. Ocurre sencillamente que las afinidades electivas de la revista son particulares y no generales: importa tal o cual escritor, esta o aquella obra, un amigo o el otro, por encima de su filiación, programa o corriente. Defender unas ideas y combatir otras en nombre no de un sistema o un partido sino de unas convicciones, y creer en una ética del escritor pero sin pretender apearse a un decálogo explícito, son dos rasgos decisivos de la voluntad polémica de una revista que, por razones tanto de higiene intelectual como de rigor estético, ha procurado no tomar las buenas intenciones por buenas causas ni los sentimientos por argumentos. Del mismo modo, *Vuelta* ha publicado a unos autores y no a otros guiándose no por las expectativas de venta o la buena prensa de cada uno sino por el libre ejercicio de un gusto. No se ha equivocado tanto como ha acertado: no son pocos los autores que empezaron a publicar en sus páginas cuando aquí casi nadie los conocía y cuyo nombre es hoy moneda corriente entre nosotros: es el caso de Milan Kundera, Joseph Brodsky, Derek Walcott, para poner sólo tres ejemplos. Estoy seguro de que junto a éstos, otros nombres hoy quizá inadvertidos —el del poeta árabe Adonis, el japonés Makoto Ooka, el cubano Orlando González Esteva, los mexicanos Fabio Morábito, Antonio Deltoro, Jaime Moreno Villarreal— se conta-

rán entre las elecciones afortunadas de *Vuelta*. Hace años la revista empezó a hablar de los temas —la democracia, el fin del PRI, la globalización, la sociedad postindustrial— que hoy están en boca de todos. Me aventuro a augurar que las reflexiones de Cornelius Castoriadis sobre la trivialización de la cultura occidental, los ensayos de John Searle sobre la decadencia de la educación en el mundo contemporáneo, las distintas visiones que la revista ha publicado sobre la condición actual del pensamiento científico serán, junto con otros asuntos aun no atendidos por nuestra comunidad intelectual, materia de la discusión colectiva en los años por venir.

La desconfianza ante los sistemas ideológicos, las banderas estéticas y las etiquetas mercadotécnicas han sido tan decisivas en *Vuelta* como la negativa a confundir el rigor con los formatos de la tesis universitaria y la lengua coloquial con la jerga de barrio. Pero no es lo único que define a *Vuelta*, una revista concebida no como un foro abierto a cualquiera sino como el lugar de reunión de una comunidad de escritores unidos por vínculos intelectuales tanto como afectivos. Me importa subrayar esto último. A diferencia de otras publicaciones, *Vuelta* está hecha con muy pocos recortes y muchas colaboraciones de autores amigos. No ha sido nunca una revista que pretenda publicar a todos los escritores; ni siquiera a todos los buenos escritores. No ha sido una antología ni un inventario ni un catálogo. Es, decía al principio, una casa, un lugar de reunión, una red de relaciones amistosas, afectivas, intelectuales. Lo que celebramos hoy, al reunirnos aquí, es la perdurabilidad de esos vínculos amistosos. Muchas gracias. <

ENRIQUE MOLINA
EL MUNDO ES LA NATURALEZA TANTÁLICA

DAVID MEDINA PORTILLO



Hay algo que torna difícil aceptar la figura de un poeta argentino identificado con la imagen del trópico. Y aunque no acierto con la razón precisa sobre la que se funda esta reticencia, supongo que en parte proviene de una pretensión libresca que, asimismo, posee el cómodo acento del sentido común: "Al fin y al cabo cada quien es como es su tierra y su aire" (Gertrude Stein).

Enrique Molina nació en Buenos Aires, ciudad porteña que —guiados por el entrecomillado anterior— le hubiera predestinado para una vocación menos solar, nunca iluminada por ese relámpago mítico que aparece ya en *Las cosas* y *el delirio*, su primer libro. Por qué este reemplazamiento que, me pregunto, lo apartó de su formal suelo de origen; por qué esta elección que más tarde se transformó en la marca profunda de un destino vital y literario. A ese respecto, Molina nunca se mostró proclive a la confesión autobiográfica, de modo que apenas si poseemos una ficha sumaria con los rasgos escuetos de lugares y fechas en los que transcurrió una vida tocada por una poética, la del autor de "Alta marea", concebida como un "gran horizonte del deseo".

La lista de nombres (después de su Buenos Aires natal) continúa con las provincias de Corrientes y Misiones —en la zona subtropical argentina— y Bella Vista, puerto de animada vegetación enclavada sobre la ribera del río Paraná. Estos datos, sin duda,

se antojan determinantes. En primer término, porque destacan un aspecto apenas comentado por la crítica de Molina: su temprana cercanía (durante una infancia y una adolescencia que abarcan los años de 1916 a 1924) a lo que el autor ha celebrado siempre como la "multiplicidad vertiginosa" de lo terrestre. Asimismo porque, una vez ponderada esta imagen inaugural, se sobrepone una verosimilitud satisfactoria al equívoco que mencioné al inicio, esto es, el del poeta argentino asimilado a la resonancia mítica del trópico.

Ahora bien, fuera de contexto y si se generalizan, las palabras de Gertrude Stein se prestan a interpretaciones demasiado simples; las que —para citar un ejemplo escolar— nos hubieran hecho esperar de Rubén Darío al cantor de América como, según creo, lo reclamaba Rodó. Por esa razón, en el caso de Molina siempre me parecerá más atinada la posibilidad de entender su poesía como una geografía espiritual, antes que un retardado testimonio poético sobre el paisaje. En este sentido, el periplo trazado por sus múltiples viajes, ya ininterrumpidos a partir del año posterior a la publicación de *Las cosas* y *el delirio* (1941), es la estela que engarza a esos lugares cuya visita propició la formación lenta, obsesiva, de un espacio imaginario, una entidad verbal tangible, para nosotros, como figura habitada por una vigorosa capacidad de exaltación. Cada nuevo viaje es así el paradójico camino hacia un

tiempo original, elemental a condición de que, en esa materialidad inmediata, se dé con el primer día de la experiencia en la realidad de los seres y las cosas. Él mismo decía, a propósito de uno de sus autores filiales, algo que bien puede acercarnos al centro de su poesía: "Le basta con dar a las cosas una alta expresividad, por una elección que las aísla del conjunto llevándolas a primer plano, como si cada una de ellas fuera la única y principal protagonista de sus sentidos" ("Blaise Cendrars o la inquietud permanente").

Quiero recordar aquí un texto que corresponde a una encuesta realizada en 1980 por Óscar Hermes Villordo para el diario *La Nación* de Buenos Aires. Se trata de cinco preguntas a las que el poeta, más o menos extensamente, contestó por escrito. De entre ellas, quizá la primera fue la de mayor interés: "¿Reconoce una poética en su poesía?" Molina expuso ahí, con esclarecedora puntualidad, su clave personal, sus mecanismos tácitos de creación: "La poética que pudiera estar explícita en mi obra se me ha revelado a medida que ésta se ahondaba. Como en el mito de Tántalo, todos los dones están a nuestro alcance pero se fugan a medida que los alcanzamos; su realidad es siempre el hambre, la carencia, pero paradójicamente presente en la maravillosa plenitud del mundo. Pues el mundo es de naturaleza tantálica, extrañamente ambiguo. Al mismo tiempo que exalta la belleza, el caos de los vínculos y los afectos, el deslumbramiento ante una mosca o una aventura impía, integra también en cada latido la negación y la muerte, de la misma manera que esas mujeres llamadas fatales, cuyo amor es peligroso y sin esperanza, pero que justamente por eso poseen un irresistible atractivo. A lo que llamo poética es a ese gran horizonte del deseo".

Una poética, como se ve, indi-

soluble de una ética, de una moral ajustada al azar terreno. Vida y poesía: ¿no representa esta pareja, como sabemos, un presupuesto romántico y, en consecuencia, un eco surrealista? Apenas si deseo detenerme en los pormenores formales que, entendemos, acercan al autor de *Las bellas furias* a una pendiente "surrealista" en la que yo destacaría, antes que a los notables, a Cendrars y, desde luego, junto con Perse al poeta del *Cuaderno de un retorno al país natal*: Aimè Césaire. (Recordamos de paso que, en 1962, Molina fundó con Aldo Pellegrini la revista de inspiración surrealista *A partir de cero*). Me interesa llamar la atención, más bien, sobre estas líneas que continúan con las páginas de la citada encuesta: "sólo puede comprenderse una poética como expresión de una experiencia vital, del torbellino de la emoción y el deseo, y sobre todo de la energía profunda que engendra el poema: el demonio de la insatisfacción permanente". El periplo vital y poético de Molina emerge ahora con toda claridad. Se trata de una aventura tentada por el deseo, entregada a la exaltación del instante cuyo impulso se alimenta y consume con la rotación de su propia incandescencia. Su territorio es aquel que, como en Mutis, tiene por signo los continuos desplazamientos, los viajes a través de lugares deslumbrantes, de tierra adentro aunque, con mayor frecuencia, de exuberancias sensuales con temperatura marítima. Este es, cómo olvidarlo, el horizonte de deseo que atrajo al Molina autor de tantos títulos emblemáticos: *Pasiones terrestres* (1946), *Costumbres errantes o la redondez de la tierra* (1951), *Amantes antípodas* (1961), *Fuego libre* (1962), *Las bellas furias* (1966), etc... Un horizonte que aun cuando parte de la experiencia vital señalada por el autor, se perfilará siempre hacia una dimensión absoluta, hacia una totalidad mítica

ca en donde la energía de la materia se desdobra en el "demonio" de la diversidad plantado sobre las imágenes del mar y el trópico.

Ahora bien, la pasión erótica es la esfera en donde se da con mayor fuerza aquella exaltación del instante; asimismo, ella es el punto en donde el deseo revela, finalmente, su voluntad de autoaniquilamiento, el límite que pondrá fin a la "insatisfacción permanente" de la que habla Molina. No hace falta abundar sobre la dialéctica que opera en el fondo oscuro de la ceremonia erótica. Bastará con anotar que, en este plano, no existe posibilidad de plenitud definitiva. A cambio, dice el poeta, nos quedará "el misterioso matrimonio de la desesperación y la fastuosidad de estar vivo", ese brevísimo relámpago enceguedor que, al tiempo que exalta la belleza, integra el latido de la negación y la muerte. En efecto, y esto es ya un lugar común, la intensidad del instante hace más tangible nuestra presencia efímera; es una intensidad que se hunde, que echa raíces en una realidad paradisiaca y, a la vez, oscura, incierta.

El último libro de Enrique Molina lleva por título *El ala de la gaviota*. Se publicó primero en México y después en España, en

1989. Cierra una obra que en su totalidad, salvo *Los últimos soles* (Sudamericana, 1980) y *El ala de la gaviota* (Tusquets, 1992), se encuentra en el volumen de Obra poética editado por Monte Ávila en 1978. Para dar término a las líneas de esta breve nota quisiera citar, no obstante, el fragmento de un poema que constituye, acaso, su último texto, publicado cuatro meses antes de su muerte en las páginas de esta revista. Se titula "Adiós" y contiene al mejor Enrique Molina, aquel de quien escribió Guillermo Sucre: "es el poeta del orgullo espacial, de la presencia invulnerable".

Un instante más aún
en el suelo que pisé, en el aire de mi
respiración
sofocada por el amor, en los vestigios
de la pasión,
con cuanto —mosca o sol— me
deslumbró en este extraño
planeta, donde perduré año tras año,
presintiendo
este límite de espumas, este revuelto
torbellino
de la despedida, yo, que tanto fui
deslumbrado
por la centellante atracción de la
tierra,
por cuanto fue caricia o solamente un
espejismo del mundo en mi destino.

PICADILLO

BLAS MATAMORO



RAZAS

A la vuelta de mi casa, en la Plaza del Dos de Mayo, uno de los nudos castizos

de Madrid, veo con frecuencia jugar, en caóticos ejercicios de básquetbol, a niños blancos, morenos, negros y amarillos. El barrio es tradicional pero está sembrado

de bares con música, negocios de tatuajes y venta clandestina de drogas, de modo que, cuando los vecinos de toda la vida se recogen, por la noche, despierta otro barrio de Maravillas.

Albañiles negros de Guinea, marroquíes sin trabajo conocido, tailandeses y chinos que atienden pequeños despachos de comestibles, están alterando el color del barrio, como el de toda la ciudad. Sus niños se mezclan con facilidad, hablan un español similar y utilizan con sonsonete cariñoso el mote de *negro* o de *chino*. Los mayores no son tan fáciles de agrupar. Las madres locales cotorrean entre sí, mientras las musulmanas lo hacen por separado, en parte ocultas por chalets y velos.

Cuando el comercio normal cierra, quedan abiertos hasta muy tarde unos despachitos donde el rezagado puede comprar comidas y bebidas. Los atienden unos chinos, algunos de los cuales apenas saben en español el precio de las cosas. Las mujeres son más permeables a la lengua, en tanto suele haber, al fondo de la tienda, un chino impenetrable que sonríe discretamente ante cualquier frase dicha en la misteriosa lengua de los españoles.

Un amigo me dice que esta coloración de nuestras ciudades, unida a la baja tasa de natalidad (regularmente, ahora, negativa) de los blancos, demuestra que Occidente no quiere pervivir. Le contesto con una pregunta: ¿tan poca cosa es Occidente que no soporta un cambio de piel? En sus buenos tiempos, Occidente fue expansivo y puso a prueba su civilización llevándola a puntos muy alejados de Europa. En América Latina, el mestizaje y el mulataje desdican la facilonja relación raza-cultura. Esos chicos oscuros o amarillos ya saben nuestra lengua y asumen los reflejos de los chicos aborígenes. Aportan también sus pequeñas diferencias, su vocabu-

lario, sus credos religiosos, sus comidas. La mezcla nos enriquece a todos, a contar desde los cuentos: si ellos tienen otra historia que narrar, nosotros somos también su otra historia.

Las estadísticas sobre juicios y prejuicios raciales dan resultados curiosos en España. Los latinoamericanos tenemos el mismo grado de aceptación que los europeos, y los negros mucho más que los *moros*. Los norteamericanos reciben la misma moderadísima simpatía que la gente del Magreb. Quienes menor acogimiento merecen, son los distintos que están aquí desde hace siglos: los gitanos. No hay mayor imagen de otredad irreductible, de extrañeza y de diferencia distante que la ofrecida por la gente caló.

Un blanco continental, sea de Europa o de América Hispana, se pierde en el conjunto, miméticamente. Un negro no puede disimular su diferencia. Pero *moros* y *gitanos* están en una frontera antropológica que propicia el engaño, la traición, el simulacro. El otro es más aceptable cuando podemos saber que es otro, que está fuera de nosotros. Sin embargo, el gran desafío cultural de la otredad es, justamente, el contrario: aceptar al otro que está dentro de nosotros mismos.

ADHERENCIAS

El gobierno de Aznar afila una imagen de centro-derecha. Tiene relaciones ocasionalmente tensas pero regularmente tranquilas con los sindicatos obreros, no obstante los puntos de conflicto (congelación de los salarios públicos, reconversión de la minería en León y Asturias, etc.). Menos tranquilas que hace un tiempo parecen las relaciones con la patronal de grandes empresas, que exige despidos libres, bajos impuestos directos y dinero barato en los bancos.

No obstante ello, y la oposi-

ción de escasa intensidad que hasta ahora han ensayado los socialistas, pesan a los populares las adherencias de la *derechona* que han debido convocar para ganar las elecciones. Un episodio especialmente sonado ha sido el segundo matrimonio, estrictamente civil, del vicepresidente del gobierno, Francisco Álvarez Cascos. La mayor parte de los obispos apostillaron al pobre señor de adúltero para abajo, con todas las connotaciones: ¿qué confianza merece un gestor de la cosa pública que vive en pecado mortal y abandona a su familia legítima para irse con una chiquilla que podría ser su hija?

Más puntual pero no menos pintoresco fue el concejal de Palamós que se refirió a la homosexualidad (supongo que incluida la de muchos afiliados a su partido) como a "un mal en extensión". Y no hallo adjetivo ajustado para calificar al alcalde de Marbella, Jesús Gil, quien censuró un espectáculo con cuadros y filmes de Dalí (una secuencia de *Le chien andalou*), del monárquico y dulcemente franquista don Salvador.

Quien puede desolver los restos de esta derecha cimarrona, intolerante y escasamente iluminada es, por paradoja, un partido de la misma derecha, porque está en contacto con ella. Algo así le ocurrió, hace veinte años, a Adolfo Suárez, al enfrentarse con el llamado *bunker* de los archifranquistas. Siempre son los herederos, y no los vecinos, quienes liquidan la herencia.

EL RETORNO DE EVITA

A mediados de los sesenta, cierta izquierda nacional argentina reivindicó la figura de Evita Duarte, la segunda mujer de Juan Perón: su jacobinismo, su rebeldía ante las convenciones, su tarea de beneficencia, su feminismo. Esta relectura de Evita coincidió, hacia

1970, con la moda *camp* que volvió su mirada enternecida a la moda de 1940. Evita pasó a militar junto a Rita Hayworth, Gene Tierney y Dorothy Lamour. Híjole, me estoy olvidando de María Félix.

Los reflujos políticos del peronismo archivaron esta imagen ambivalente de Evita. Ahora es detectable otra ola de *evitismo*: libros como las biografías de Fermín Chávez y Alicia Dujovne Ortiz, novelas como las de Tomás Eloy Martínez (*Santa Evita*) y Abel Posse (*La pasión según Eva*), estudios como los de Marysa Navarro, memorias como las de Lillian Lagomarsino de Guardo (*Ahora hablo yo*), rescatan una Evita histórica y/o mitológica, en tanto Madonna la incorpora en un filme de Alan Parker (con el español Antonio Banderas) y Esther Goris, en otro de Juan Carlos Desanzo, en el cual Víctor Laplace personifica a Perón.

Es complejo desbrozar este retorno de Evita en el momento de la liquidación del peronismo por los peronistas de Ménem. Sólo se me ocurre subrayar el carácter his-

trónico de Eva Duarte, una actriz de radioteatro y de cine, sin mayores talentos, que logró, sin embargo, convencer haciendo su doble papel de gran dama con ínfulas cortesanas, y de agitadora jacobina, feroz enemiga de esa oligarquía cuyas maneras intentaba copiar. Dos Evitas se enfrentaban en ella, y la muerte precoz, unida a una breve carrera (1946-1952), mayormente marcada por la enfermedad, favoreció su imagen sacrificial, de elegida por una instancia más que histórica.

La importancia social del teatro en el imaginario social argentino es fuerte. A menudo, los cómicos de la revista y la televisión como Pepe Arias, Tato Boreo o Enrique Pinti, han sido ideólogos de formato menor y gran poder persuasivo, más que los políticos de profesión. El tango aporta su imagen de la sociedad como un baile de disfraz. El país del como-sí, del hagamos-de-cuenta-que siempre estuvo a la espera de ese otro país, auténtico y, por ello, utópico. La doble faz de Evita-Eva Duarte-Perón, es su alegoría más famosa y perdurable. <

Para serlo sólo le falta una cosa: despojarse de su tantalismo, dejar de segregar tantalismo, no tantalizar más a sus lectores. Tomemos cualquiera de sus relatos —éste que se llama "Tertius Orbis" [*sic*] o aquel que se titula "Pierre Menard autor del Quijote". Son tantálicos en cuanto que la construcción que los ha presidido está hecha por la construcción misma, pero el obligado resorte vital que la justificaría no aparece en la misma, de modo que el lector se queda con el plano de la cosa pero no con la cosa misma. En estos dos relatos aludidos, la invención —a veces tan ingeniosa que se vuelve impresionante— no logra darse carta de naturaleza creadora. Se ve muy bien que Borges está más preocupado (o que sólo puede preocuparse), por la experiencia libresca, por la altura, por la entelequia del tema que por la necesidad real de manifestar sus propias contradicciones. Y no decimos que Borges obre por puro capricho, por obstinación irresponsable. La literatura ha conocido otros tantalismos; por ejemplo, el de los prerrafaelistas era el prerrafaelismo, el de los distantes logógrafos, los logogrifos. Sólo que el peligro de esta necesidad de ser tantálico radica en la fórmula que se utiliza para hacerlo: una vez obtenida dicha fórmula se repite hasta el infinito, se fija, se mecaniza, el escritor goza de ella, ella hace gozar al escritor, se convierte en una operación verbal (los griegos la llaman *logoreia*), la ornamentación sube de punto y color cada vez más. Al final, su creador se ve ahogado por sus propias consecuencias. En este caso se encuentra Borges. Por eso mismo es hoy el logógrafo par excellence de las letras americanas. <

Rescates y Naufragios

VIRGILIO PIÑERA REPRUEBA A BORGES

GUILLERMO SHERIDAN



En la revista *Orígenes* que en Cuba dirigían Lezama Lima y Rodríguez Feo, en el número correspondiente a la primavera de 1947, Virgilio Piñera, el poeta tan ricamente evocado por Cabrera Infante en "Tema del héroe y la heró-

na" (Mea Cuba), publicó unas "Notas sobre literatura argentina de hoy" —era escribano en la embajada de Cuba en Buenos Aires— en las que dice que Borges tiene todo para convertirse en un Proust, un Kafka o un Melville, pero...:

LA HISTORIA DE OM

ELIOT WEINBERGER

Traducción de Aurelio Major



Era una de mis anécdotas favoritas en los sesenta y la única a la que nunca pude dar crédito. El amigo de un amigo se ha quedado en un apartamento del East Village. Una noche bochornosa de agosto oye afuera una música etérea que llega de quién sabe dónde, se asoma a la ventana y ve en la escalera de emergencia, unos cuantos pisos más arriba, a una hermosa joven que toca "A Love Supreme" en el saxofón. Está desnuda de pies a cabeza.

Sube por la escalera de emergencia para conversar. Le cuenta que ella y sus amigas son devotas de Om. Señala la ventana del apartamento. Adentro hay unas ocho o diez jóvenes a cual más bella, holgazaneando, casi todas desvestidas.

De pronto la puerta se abre y entra un enorme negro, de más de dos metros de talla y robusto como un luchador. Las mujeres se arrojan a sus pies gritando "¡Om, Om!" y lo rodean con sus cuerpos. Om ve al amigo de mi amigo en la escalera y le dirige una mirada fiera sin decir palabra. Este se escabulle y nunca más se atreve a volver. Pero a diario, durante la semana que ocupa el apartamento, escucha los abruptos sonidos del Om de John Coltrane una y otra vez durante toda la noche.

Hace unas semanas Om volvió inesperadamente del desván de mis recuerdos. Estaba leyendo por casualidad un largo artículo en un periódico mexicano sobre la excéntrica vida nocturna en Los

Angeles. A la mitad, y sin razón alguna, aparecía un párrafo que recordaba un suceso años antes en la ciudad de México: la autora y su hermana están en un apartamento con un puñado de bellas jóvenes, desnudas bajo el *baby doll* transparente, que veneran a un negro enorme llamado Om.

Llamé a la escritora: me dijo que un párrafo de otro texto que estaba escribiendo había quedado en medio de su artículo por error y que sí, en efecto, había conocido a Om. En 1978 —diez años después de mi relato— dos jóvenes de los Estados Unidos se acercaron a la escritora y a su hermana en una calle de la ciudad de México y les preguntaron si podían traducir algo del inglés al español. Las cuatro se dirigieron a un apartamento maltrecho que habitaban estas estadounidenses blancas y apenas vestidas, cada una de las cuales cuidaba a un niño mulato de más o menos la misma edad. Se dijeron adeptas de una nueva religión que veneraba a una diosa cuyo profeta era Om y querían que las mexicanas tradujeran algunos poemas e himnos sagrados.

De pronto la puerta se abrió —mi anécdota de la que nada había dicho, se repetía— y entró "el hombre más grande que hubiera visto en la vida, apenas cabía por el quicio de la puerta". Om le ofreció vino a las mexicanas, pero pronto resultó "galante y enérgico" y se marcharon. Durante varias semanas aquellas mujeres seguían llamando pero la escritora y

su hermana, aunque sentían curiosidad, estaban demasiado asustadas para volver.

El relato de la periodista no acabó así, unos cinco años después, dos de las mujeres de Om recogieron de la calle a una marihuana de catorce años que ella conocía y la llevaron a su apartamento. Allí la muchacha, virgen, drogada por completo, fue desflorada por Om mediante un elaborado ritual frente a las otras mujeres y a sus hijos. La joven se unió al grupo, el cual se mudó a Oaxaca, y al cabo fue secuestrada por sus padres. Más o menos en 1985, me dijo la periodista, se informó de la detención de Om, debido a falsificación de cheques, y de su posterior deportación del país.

Om... ¿Dónde quedaron las sectas de antaño? Aquel grupo que solía colocar mesas largas en el parque de Washington Square y grandes frascos con cerebros humanos en formaldehído, deteriorados y enfermos, sostenían, a causa del azúcar blanca, la rama estadounidense de Aum Shinrikyo —los que dispersaron gas nervioso en el metro de Tokio— cuyo cuartel general estuvo alguna vez en la calle Crosby en el Soho. Los adolescentes que solían hacer demostraciones de máquinas para limpiar alfombras en una esquina de la calle Ocho, allí donde era más probable que los peatones tuvieran alfombras, si acaso con más manchas de cigarrillo que con jabonaduras. Aquellos muchachos habían huido de casa y vivían en la indigencia en un apartamento de Times Square, discípulos de un antiguo vendededor de aspiradoras que había descifrado la Biblia. El lavado de alfombras era su disciplina espiritual.

¿Y qué ha sido de Mel Lyman, desaparecido en 1975? Lyman, intérprete del banjo en la antaño famosa Jug Band de Jim Kweskin, fundó el periódico contracultural *Avatar*, sostuvo que era la reen-

carnación de Lincoln y de Emerson (cuyas vidas se superponían, pero esto no importa), lo fotografió Diane Arbus y escribió un libro llamado *La autobiografía de un Salvador* en el que se llama a sí mismo Melvin Cristo o, a veces, simplemente, Dios. En los sesenta formó una "familia" que vivía del legado del pintor Thomas Hart Benton cuya hija era una adepta. En 1973 tres miembros asaltaron un banco en Boston, parece que a las órdenes de Lyman, parece que como protesta por el caso Watergate. Uno murió de un disparo; otro, Mark Frechette —la estrella de *Zabriskie Points* de Antonioni—, murió en prisión en circunstancias misteriosas.

El último informe es que la base de los Lyman, tal como se hacen llamar, es la vieja mansión Eastman (Kodak) en Hollywood, que son dueños de otras veinte propiedades en el país y que son ricos gracias a una constructora multimillonaria que decora las ca-

sas de las estrellas de cine. Hay retratos de Mel en cada habitación y su tenedor de oro en una caja de madera en el comedor, se llaman los unos a los otros con el nombre de pila y signo del zodiaco, cuentan con una grabadora que opera sin cesar y se reúnen por las noches para ver y discutir *La ley del revolver* (*Gunsmoke*), el programa predilecto de Mell, o filmes viejos de la "Lista del Señor". Cuando un varón Lyman quiere café, levanta un centímetro la taza de la mesa y una mujer Lyman la llena en el acto.

Pienso en Mel Lyman con frecuencia —aunque no cuando bebo café— por algo que dijo Jim Kveskin en una entrevista, hace décadas, luego de vivir juntos varios meses Kveskin se dio cuenta de que Mel Lyman de veras era Dios pues cada vez que éste llamaba por teléfono la línea nunca marcaba ocupado y la persona que buscaba siempre estaba en casa. <

Georges Duby se formó en los tiempos de esplendor de la escuela histórica francesa, sus maestros fueron hombres que para nosotros forman parte de la galería de historiadores ilustres, de grandes maestros como dice el propio Duby: Lucien Febvre, Marc Bloch, Fernand Braudel. Forma parte de una generación, cuyas aspiraciones tenían como finalidad profundizar y ampliar los horizontes de la historia. Justo cuando el historiador, orgulloso de su trabajo y de sus obras, quiso ascender la historia a la categoría de Ciencia y competir con las otras ciencias sociales por el título de Ciencia del Hombre.

Una vez terminada su formación universitaria, Duby presentó la agregación y pasó a ocupar una cátedra en la universidad de Aix en Provence. Allí pudo continuar y terminar su tesis doctoral que presentó en 1953 y que fue publicada por Armand Colin bajo el título: *La société aux XI et XII siècles dans la région mâconnaise*. De este trabajo se dijo en una reseña realizada por un jurista y publicada en *Les Annales*:

El autor que conoce a fondo su profesión de historiador, tiene además la suerte, que se le envidia, de poseer las más seductoras cualidades de escritor. Su tesis, de la más alta calidad científica, es al mismo tiempo una obra de arte. Su *savoir-faire* tiene algo de pictórico, que da a los análisis más arduos apariencia de frescos coloridos, llenos de relieves, el todo impregnado de vida. Este libro exhala una agradable calor humano.

Desde sus primeros trabajos Duby dejó ver uno de los méritos que tiene la escuela de historia francesa: el de conjuntar historia y geografía. El que dedicó a los contrastes agrarios en Borgoña le valió al joven historiador una reseña en 1945 de Lucien Febvre, en la revista *Etudes Rhodaniennes*. Y

GEORGES DUBY (1919-1996)

BEATRIZ ROJAS



El martes 3 de diciembre murió Georges Duby, uno de los historiadores franceses más importantes de las últimas generaciones. Su extensa producción historiográfica sobre la Edad Media, sobre la etapa feudal, y su labor para desarrollar los estudios sobre historia de las mentalidades, lo convirtieron en los últimos treinta años en uno de los historiadores más leídos en Europa, no nada más por los especialistas sino

por el público en general. Nacido en París, en 1919, recién terminada la primera guerra mundial, creció en Borgoña, espléndida región que contribuyó para fomentar su gusto por la historia y volverlo un soñador y un poco poeta, como a él mismo le gustó describirse. La universidad la cursó en Lyon, en donde recibió al mismo tiempo la formación de historiador y geógrafo, disciplinas que van juntas en la universidad francesa.

aun en *Guerriers et paysans*, publicada en 1982, resalta esta rica y positiva influencia.

Desde 1949 publica asiduamente reseñas en la revista *Les Annales*, actividad que continuó ejercitando hasta los años sesenta. En esta misma revista, publicó varios artículos, primeros frutos de sus investigaciones, entre los cuales: *Economie domaniale et économie monétaire: le budget de l'abbaye de Cluny entre 1080-1155*. Artículos que años después serían publicados en el libro *Hommes et structures du Moyen Age*.

A través de sus primeros trabajos sobre la temprana Edad Media, en donde predominaron los temas de carácter económico, Duby buscó entender el funcionamiento de la sociedad medieval. Pronto sintió insuficiente la explicación histórica basada tan solo en las circunstancias materiales que influyen en la vida de los hombres. La necesidad de comprender integralmente lo llevó a tratar de ampliar sus explicaciones a través de lo que empezaba a llamarse, a falta de mejor término, Historia de las Mentalidades, siguiendo la vía trazada por los trabajos de Lucien Febvre en su *Lutero* o en sus estudios sobre el erasmismo.

Tuvo oportunidad de señalar los lineamientos de este esfuerzo de interpretación, cuando a principios de los años sesenta el profesor Charles Samaran le pidió que redactara un artículo sobre la incipiente historia de las mentalidades para *L'Histoire et ses méthodes* de la *Encyclopédie* de la Pléiade que apareció en 1961. Para estas fechas, su acercamiento a la producción artística medieval era un hecho, porque vio muy claramente, cómo a través de estas representaciones culturales se puede realizar un acercamiento a las concepciones mentales de la época.

El contacto que se estableció

con la casa editorial suiza Skira, facilitó la presentación y comprensión de sus trabajos relacionados con el arte, con la arquitectura, al poder presentar en bellos libros las ilustraciones necesarias para acompañar sus textos. Es una historia que hay que ver para comprenderla cabalmente, para superar una visión del arte como adorno y entender lo que para la Edad Media significó la creación artística. Los años sesenta fueron fructíferos.

En 1970 entró al Collège de France. A los cincuenta años se abrió una nueva etapa en su vida profesional, la de las colecciones y dirección de grandes obras y la de la ejecución de viejos proyectos, entre los cuales esa pequeña joya que es *Guillermo el Mariscal*. En esta década aparecieron: *Les Temps des cathédrales* y *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*.

En 1981 publicó *Le chevalier, la femme et le prêtre. Le mariage dans la France féodale*; en alguna forma con este libro inició la etapa dedicada a las mujeres. Diez años después apareció bajo su dirección y la de Michèle Perrot *Histoire des femmes en occident*, en cuatro volúmenes, y en 1995, para continuar con el ciclo dedicado a la mujer de la Edad Media, aparecieron tres pequeños volúmenes prometidos hace tiempo, que llevan por título *Dames du XIIIe siècle*.

Y como subtítulos: *Héloïse, Aliénor, Iseut et quelques autres*; *Le souvenir des aïeules* y *Eve et les prêtres*.

Duby se comprometió con la difusión de la historia a través de la televisión, después de superar la desconfianza y reticencia que este medio de comunicación le provocó como primera reacción. Posteriormente vio en él, por medio del desarrollo de la televisión cultural, un importante medio de transmisión por lo cual aceptó durante algún tiempo encabezar

los trabajos del Canal 7 en Francia.

Durante los últimos años, después de recorrer un largo camino, Duby nos empezó a legar las enseñanzas que le ha dado la vida y su profesión. Los testimonios recogidos en *Egohistoire*, en *L'Histoire Continue* y en las múltiples entrevistas que concedió a diarios y revistas, nos permiten penetrar en sus inquietudes y en la visión que un medievalista tiene de su tiempo. El libro *Año 1000, año 2000*, pertenece a este tipo de testimonios.

Me quedo corta al reseñar la obra de Georges Duby, no nada más por la imposibilidad de enumerar lo extenso de su producción, sino también por la amplitud de los temas que aborda. Por algunos títulos se pueden apreciar los espacios del conocimiento por los que transitó. Partiendo de la Borgoña de sus años mozos, a la cual dedicó sus primeros trabajos, se fue deslizado sutilmente a la comprensión de los universos mentales, a detectar los valores de la sociedad, a la construcción del imaginario. Se especializó en el periodo comprendido entre el siglo XI y el XIII, aunque no dudó en remontarse o prolongarse en el tiempo buscando los procesos del desarrollo de la historia medieval. Desarrolló un método de análisis personal, una fina lectura de los textos que le permitió trascender lo aparente para llegar a lo imperceptible. Reconoció la subjetividad de la historia, pero también estableció con su profesión un pacto moral, para no desvirtuarla.

Quisiera remarcar la importancia que tiene la lectura de su obra, para un público como el que imagino puede tener en México. No se necesita ser medievalista para apreciar sus trabajos, aunque por supuesto entre más sepa uno de esta época, mejor apreciara la calidad de su obra y

la fineza con la que fue tejiendo a lo largo del ejercicio de su profesión. Tampoco se necesita ser historiador para deleitarse con la lectura de su prosa. Muchos de los textos de Duby tienen la magia de transportarnos al lugar de los hechos, su lectura nos ayuda a despertar la imaginación, así cuando seguimos los preparativos de Guillermo el Mariscal para pasar al más allá, escuchamos el roce de los vestidos de la época y lo vemos despidiéndose de su esposa y compañera. Pero también vemos el arado de madera rasguñar apenas la tierra y vemos la luz que penetra por las ventaneras góticas y apreciamos el valor de las joyas que acompañan todo el fastuoso ritual de las ceremonias religiosas. Nos invita a imaginar a Isolda atravesando el Canal de la Mancha para reunirse con Tristán. Nos ofrece, además de conocimiento, despertar nuestra imaginación y la posibilidad de com-

prender un mundo que nos queda a mil años de distancia.

Georges Duby fue un hombre lleno de proyectos, todavía semanas antes de su muerte declaró en una entrevista concedida a la revista *Le Débat*, que después de haber terminado su trilogía sobre las Damas, tenía realmente ganas de hacer otra cosa, de cambiar de rumbo, de buscar otros horizontes en la investigación. A los 77 años Duby tenía todavía muchas cosas por hacer.

Todo esto forma hoy parte del legado que nos dejó. Quien por dos ocasiones anulara sus viajes a México por problemas de salud, quien este verano nos acogió cálidamente en su casa de Provenza, a los pies de Le Tholonet, desde donde se contempla la salida del sol detrás de la Sainte Victoire, no tuvo tiempo de decirnos cómo los mercados indígenas que conoció en Oaxaca le ayudaron a imaginar los mercados medievales. <

conspiraciones desorbitadas, de auténtica pesadilla, obra de masones, judíos, jesuitas; también las ideas fabulosas que se tienen acerca del Estado, de Hobbes en adelante. En cualquier caso, se trata de sustitutos pedestres, bastante contrahechos, de la divinidad, que sirven sobre todo porque ofrecen un desahogo moral.

Así nos viene sucediendo en México hace mucho. A fuerza de desearlo, terminamos persuadidos de que vivimos a la sombra de Gulliver: la omnipotencia del Estado mexicano es una ilusión casi unánime, que convence a propios y extraños. Lo pintan unos justiciero y otros opresor, cruel; en lo fundamental, están de acuerdo: es un gigante capaz de todo. Por eso parecen sensatas las hipótesis más extravagantes y, según se dice, ésta podría ser nada menos que la dictadura perfecta.

A partir de lo que alegan unos y otros, habría razones para esperar, si no esa fuerza avasalladora, al menos un vigor muy considerable del Estado revolucionario. Es por eso una experiencia extraña y desorientadora salir a la calle: el gigante no está ahí ni parece probable que haya estado nunca. El contraste con la fantasía común es decisivo, aparatoso, desconcertante.

Desde luego, en cierto sentido el Estado es una cosa abstracta, más o menos inasible; pero se manifiesta de un modo muy material y concreto en cuanto se sale a la calle. Y esto al pie de la letra. El Estado y la Ciudad tienen una sola, misma historia en cualquier parte: no sólo han crecido juntos sino que mantienen entre sí conexiones hondas y complejas, casi inextricables, y a la vez bastante ostensibles. Como que no podría explicarse a uno sin el otro. El Estado se expresa mediante la Ciudad que sólo gracias al Estado puede existir como tal.

Así dicho puede sonar confu-

Estampas de Liliput

UNA FANTASÍA GIGANTESCA

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO



Si nunca hubiese aparecido Gulliver les habría costado trabajo a los liliputienses darse cuenta de su ridícula pequeñez. No obstante, podría haber sucedido en todo caso que a alguien se le ocurriera inventarlo; y no sería tan extraño: la compañía de un gigante cordial, educado, y bien dispuesto se antoja cómoda, enormemente apreciable. Por eso debe ser que incluso gente muy poco propensa a la divagación encuentra amable una fantasía así.

Seguramente en el fondo de ello podría descubrirse alguna nostalgia infantil más o menos obvia; también intransigente. Tiene más miga, en cambio, su significado moral: frente a un monstruo de semejante tamaño, nada de lo que hiciéramos podría ser muy grave. Incluso y con más razón si no existiera, porque cabría culparlo de todo, y de manera irrefutable.

Pudiera ser que esa fantasía explicase la propensión a imaginar

so: en realidad es algo simplísimo y que cabe apreciar a simple vista. Una ciudad consiste, básicamente, en un sistema de calles: un conjunto ordenado, coherente, significativo de calles. Y con eso se dice más de lo que parece.

Una calle se distingue de un zanjón, de una brecha, por su carácter de cosa pública, que le asigna una serie de funciones cuya utilidad es, literalmente, inapreciable. Resumiéndolo todo lo posible hay que decir que las calles sirven para ordenar el espacio —el espacio común y el privado, en sus múltiples usos— y para ordenar también el tránsito.

Hay, por supuesto, una serie de requisitos materiales para que una calle pueda serlo. Son muy obvios y también, al fin y al cabo, casi intrascendentes: asfalto, pintura, alguna forma de alumbrado, indicadores de nomenclatura e incluso ciertos mínimos detalles de decoración. No basta nada de eso porque no sirve para poner orden: no es decisivo, ni mucho menos, para establecer cómo se usa el espacio. Para eso hacen falta leyes; para ser más exactos, hace falta que se cumplan las leyes.

Hacer una ciudad es una tarea legislativa descomunal, interminable. Lo sería incluso si se regulasen apenas los asuntos más graves y perentorios. La más escueta enumeración resulta abrumadora: normas sobre uso del suelo, sobre espacios privados, públicos, comerciales, reglamentación del tránsito, una relativa organización del transporte colectivo, ciertos criterios generales de orden público y policía... Esa complicadísima trama de leyes, reglamentos y ordenanzas es lo que convierte al sistema de calles en un bien público: singular, indispensable, tan indispensable que sólo llega a descubrirse cuando falta.

Y bien: lo que cualquiera puede apreciar a simple vista es que en la Ciudad de México no hay

calles. Las que existen como cosa material, con alumbrado y pintura, son con frecuencia intransitables y ponen un orden más bien aproximativo, poco fiable. Su existencia como bienes públicos es dudosa, en el mejor de los casos intermitente, si no es que nula.

Sería algo extraño y notable que nuestro Guilliver revolucionario se hubiese olvidado de la ciudad o no le concediera importancia. Más bien parece que no puede con ella.

Hay una disculpa superficial y tramposa: la ciudad es enorme. Es cierto, pero también irrelevante. Las calles son intransitables por muchas causas que no tienen que ver con el tamaño de la ciudad. La más obvia y escandalosa, la que suele provocar mayor indignación en el momento, es la rutina de las manifestaciones, marchas, plantones, sentones y demás intentos políticos multitudinarios. Dos docenas escasas de inconformes con lo que sea pueden imponerse, sin dificultad considerable, cerrando el tránsito dondequiera. Y no hay más remedio que esperar a que se aburran.

Puede ser muy molesto y sin embargo hay en ello todavía un atisbo de reconocimiento de la naturaleza pública de la calle. En teoría, una manifestación callejera es ápice de una lucha política: un enfrentamiento entre la ciudadanía —una porción de ella, se entiende— y el poder público. Ocupar la calle tiene un profundo, serio sentido cívico. Por cuya razón el asunto suele resolverse, en los países civilizados, con gases lacrimógenos, balas de goma y caras espectaculares de la policía montada.

Entre nosotros sería impensable algo así y rara vez ocurre. Ni por un lado ni por el otro ofrecen las manifestaciones ese aspecto épico, sensacional. Las más de ellas reúnen, en efecto, a dos docenas de gentes que piden las co-

sas más pueriles e intempestivas y que interrumpen el tránsito un día tras otro, sin consecuencias apreciables. La dimensión política llega a ser tan irrisoria que el acto se convierte en otra cosa: una especie de ritual sin dignidad, un festejo desganao, insulto, que sobre todo impresiona por su vacuidad. Se trata de ocupar la calle porque sí, porque se puede.

Por más estorboso que sea, finalmente parece ridículo porque cualquier automovilista hace poco más o menos lo mismo, y sin necesidad de pretextos políticos: con toda naturalidad. El tránsito se arregla por eso a partir de la urgencia, la comodidad, la ocasión, también a partir de la audacia o la ineptitud de cada cual. Observar la circulación de coches en la Ciudad de México es un espectáculo sobrecogedor, que suspende el ánimo. Una tan pareja y vigorosa manifestación de incivilidad no puede más que ser deliberada: lo que se ve no es escepticismo ni desgana, sino una hostilidad muy positiva hacia cualquier cosa pública. Sin duda el tema tiene una hondura insondable; lo cierto es que las señales de tráfico inspiran odio y desprecio, y por algo será.

Aunque parezca extraño, el resultado de todo ello no es un desorden absoluto, irreparable. La anarquía es tan rara, tan inencontrable como la disciplina: lo que hay son formas muy previsibles y bien arregladas de la prepotencia. En cada caso, cualquier ciudadano sabe quién puede más, qué puede hacerse y qué es lo que no tiene remedio. Se dirá que es la ley del más fuerte y lo es, sin duda; por otra parte, en la medida en que se cumplan, todas lo son. Lo único peculiar del caso es que el Estado no sea el más fuerte: que contra él se impongan, con graciosa soltura, otros muchos poderes y, en particular, dos enormes aparatos políticos, el de los ambulantes y el del transporte colectivo.

Los tianguistas y ambulantes deciden sobre el uso del suelo y el derecho de tránsito sin atender a otro criterio que su necesidad. Imponen límites, condiciones y servidumbres a la propiedad privada con una eficacia inalcanzable para las leyes, y sin apelación. De hecho, en su modo de apropiación y organización del territorio cabe reconocer los atributos clásicos de la Soberanía, en su correcto sentido político.

Con parecido poder para lo suyo campan por sus respetos los dueños, administradores y conductores de los vehículos de transporte colectivo. Podría ser, desde luego, que encontrasen algún placer material y sustantivo en la transgresión puntual de toda regla; casos hay en que esto no ofrece dudas. Lo decisivo es, de cualquier manera, el sentido de afirmación política que eso lleva consigo y que no es trivial.

El predominio de unos y otros es un hecho contundente aunque también relativamente pacífico y, por eso, intrigante. Frente a un desafío de esa índole, ese Estado gigantesco, perfectamente dictatorial debería reaccionar con una violencia ilimitada, incluso con saña: si hubiese lógica, las calles serían escenario de una lucha permanente y encarnizada. No es así.

Los agentes de policía, los inspectores de vía pública y los otros incontables funcionarios no luchan a brazo partido contra la ilegalidad. Suele vérselos bastante apoltronados, cómodos y se diría que también contentos. Cada quien usa la calle como mejor le conviene, como si fuese un bien mostrenco o de otro modo dispuesto para su apropiación particular, y los funcionarios hacen otro tanto con la parte que les toca. Seguramente tienen razón. Ellos cuentan como recurso propio con las leyes, que son tanto más útiles cuanto más disparatadas e impracticables, y les sucede

lo mismo que a los políticos: que lo último que querrían sería una ciudad ordenada. Para ellos el Estado es verdaderamente el enemigo, y de un modo mucho más próximo, material y entendible.

No es extraño que seamos aficionados a la fantasía gigantesca del Estado. Mientras resulte creíble podrá disculparnos de casi todo. Sería francamente desagradable, en cambio, tener que vernos

reflejados en ese otro orden que hemos hecho entre todos. Por eso nos sorprendemos, y varias veces cada día, ante tianguis, mordidas, plantones, motines, accidentes, que se nos antojan excepciones rarísimas y muy apropiadas para escandalizarnos. Por mucho empeño que pongamos, no obstante, la ilusión no deja de serlo: no tenemos calles, y no está Gulliver para remediarlo. <

Casillero de Leviatán

LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY



1 La modernidad política nace con la famosa frase de Thomas Hobbes: *aurtoritas, non veritas facit legem*. Ese principio funda la separación del Estado (laico) y la religión (verdades de salvación). La paz civil así definida parte de una premisa: las verdades que otorgan sentido a la vida son múltiples e irreductibles; no se les puede introducir al espacio público sin provocar un enfrentamiento violento entre todas ellas. En la medida en que el Estado se mantiene al margen de las creencias religiosas y sustenta su autoridad en la validez de los procedimientos se convierte en garante de la paz social. Por otra parte, como esta fórmula no pretende —con respecto a las leyes públicamente válidas para la religión— la verdad de la religión sino la autoridad, protege la conciencia de los disidentes.

2. Marx se propuso reemplazar la libertad religiosa (tal como la entendía Hobbes y la concibe el pensamiento liberal) por la liber-

dad de la religión ("la religión es el opio del pueblo") y con ello realizar la "emancipación de los judíos" a través de la emancipación de la humanidad con respecto al "judaísmo", es decir, el cálculo económico y egoísta propio de la economía capitalista. Obviamente, la propuesta de Marx suponía la existencia de una verdad nueva y superior, capaz de orientar secularmente a la humanidad hacia el paraíso terrenal: el socialismo científico.

3. El marxismo puso en cuestión la noción misma de utopía. Para Marx, el idealismo y las buenas intenciones de Fourier, Owen y Saint-Simon eran absurdas. Él estaba convencido de que había descubierto un dispositivo científico para alcanzar la liberación del proletariado y con ella del género humano; ese dispositivo suponía que una serie de mecanismos operaban de manera efectiva en la historia: una clase revolucionaria, que no tenía nada que perder más que sus cadenas; el desarrollo de

las fuerzas productivas que permitiría alcanzar un estadio de abundancia; el fin de la división del trabajo y del trabajo mismo; la certeza de que con la supresión de las clases sociales vendría paulatinamente la desaparición del Estado, es decir, que una vez suprimidas las relaciones de explotación desaparecerían las relaciones de dominación.

4. Para Marx, el final de la historia era posible por la existencia de una feliz convergencia; un largo proceso evolutivo de las fuerzas de producción y la aparición de una clase social que no tenía intereses particulares que defender. Por primera vez en la historia de la humanidad, que para el autor del Manifiesto Comunista era la historia de la lucha de clases, la emancipación de los obreros mediante la *revolución socialista* y la *dictadura del proletariado* conduciría a la emancipación de toda la humanidad. En ese sentido, el marxismo fue desde un inicio, es decir, desde antes de la fundación de la Unión Soviética en 1917, un retroceso respecto del liberalismo ya que reestableció la vinculación entre una verdad ("científica") y los ordenamientos políticos.

5. El fracaso del socialismo real se explica porque Marx subestimó la complejidad de lo social. Bernstein tenía razón cuando a principios de siglo señalaba que el fin del Estado era imposible porque la administración de las cosas no se podría efectuar sin relaciones de dominio y jerarquía entre los hombres. Marx Weber tenía razón también cuando advertía que la fusión del poder político con el económico —como consecuencia de la abolición de la propiedad privada— tendría un efecto absolutamente negativo para las libertades de los ciudadanos y de la propia clase obrera. Por eso las expectativas de Marx quedaron incumplidas; después de la revolución bolchevique no se avanzó

hacia una sociedad sin Estado y sin clases, sino hacia un sistema totalitario de partido único y doctrina oficial.

6. A lo largo de todo el siglo XX, se enfrentaron dos grandes proyectos: socialismo versus liberalismo. El fracaso del "socialismo real", su hundimiento en 1989 y la barbarie de los campos de concentración de Stalin nos revelan no sólo la imposibilidad del fin de la historia, sino además las perversiones inherentes a todo intento de restauración de una verdad (sea ésta revelada o "científica") como fundamento y doctrina de Estado. En la Unión Soviética los disidentes fueron sistemáticamente eliminados porque su oposición al régimen los convertía en enemigos del gobierno, de la doctrina oficial (el socialismo científico), de la clase revolucionaria y, en último término, de los intereses superiores de la humanidad.

7. Con la muerte del comunismo y el hundimiento del "socialismo científico", la teología de la liberación se está convirtiendo en la nueva doctrina revolucionaria. Su propuesta es eminentemente religiosa. Los conceptos fundamentales ("opción por los pobres" y "pecado social") tienen una dimensión teológica. A diferencia del marxismo, esta verdad revelada no pretende ser exclusivamente científica. El orden que quieren instaurar deriva de una interpretación católica de la revelación. Para decirlo con las palabras del general de la Compañía de Jesús: "Es perfectamente válido un pensamiento teológico que, cimentado en la palabra de Dios y de acuerdo al Magisterio de la Iglesia, expresa la necesidad de luchar como Cristo contra el *pecado personal* y *social* que esclaviza al ser humano y a la sociedad, y que con la gracia de Dios se esfuerza desde la *opción preferencial por los pobres* (los subrayados son míos) por caminar hacia la creación de un

hombre y de un mundo mejor en la dirección del Reino de Dios" (Peter Hans Kolvenbach, *Reforma*, 10/nov/96).

8. Alain de Besançon se burlaba del fundamentalismo marxista diciendo que la diferencia entre los católicos y los marxistas era que los primeros sabían que creían, mientras que los segundos creían que sabían. La fórmula era sin duda exacta, pero hay que corregirla a la luz de la teología revolucionaria; los teólogos saben que creen, pero además creen que saben; su doctrina es una amalgama de sobras, retazos y principios del marxismo, y carece —por lo mismo— de la coherencia y el rigor que en su momento tuvo el pensamiento de Marx.

9. Desde el punto de vista de la teología católica tradicional u ortodoxa, la noción de "pecado social" es confusa y contradictoria. El pecado implica la libertad de elegir y la conciencia de que se viola un ordenamiento. Aunque se puede pecar con otros, siempre hay una dimensión personal; es la misma en que se funda el acto de arrepentimiento y el perdón. "Así, pues, únicamente es sujeto de pecado el ser inteligente y por tanto libre, que tenga un conocimiento limitado de su fin (...) el pecado siempre es personal, dependiendo de la voluntad libre de cada hombre que pone el acto pecaminoso, aunque el mismo acto se realice por muchos o incluso por todo un grupo social" (*Enciclopedia*, p. 112). El "pecado social" suprime esa dimensión personal, ya que las estructuras sociales son anteriores y ajenas a la voluntad de los individuos; el católico —como el ciudadano común— se ubica en ellas y cumple determinadas funciones al margen de su voluntad; no se pertenece a una clase social como consecuencia de una decisión personal. La teología de la liberación suprime al individuo y su

conciencia como el verdadero sujeto de la religión y convierte a una entidad colectiva, abstracta e indeterminada, "los pobres", en el agente del cambio social.

10. Desde el punto de vista histórico, la noción de "pecado social" introduce una dimensión teológica en lo social. El orden socio-político deja de ser secular y se transforma en un espacio metafísico en el que se confrontan el bien y el mal. Las estructuras sociales se conciben como ordenamientos perversos que deben ser condenados y combatidos con todas las armas al alcance, incluidas las de la fe. Esta condenación repite de manera caricaturesca lo que el socialismo científico realizó antes con el concepto de plusvalía. Para Marx la lucha de los obreros tenía un sentido escatológico; detrás de cada huelga y movimiento veía el trabajo incansable del topo de la historia que terminaría por socavar el orden capitalista. Los curas revolucionarios veían a los pobres como los agentes del espíritu santo que terminarían por derrotar al pecado social. De ahí las condenas tajantes y simplistas del "neoliberalismo", que los teólogos de la liberación reiteran una y otra vez.

11. La otra dimensión confusa es "la opción por los pobres": Pero ¿qué es un pobre? ¿Cómo se define, a partir de qué ingreso o número de salarios mínimos? ¿qué pasa cuando hay contradicciones (económicas y de otro orden) entre los pobres? Marx superó esas ambigüedades con una noción rigurosa de sujeto revolucionario: el proletariado. Pero "la opción por los pobres" es una categoría débil y poco rigurosa: los pobres también están divididos en clases y tienen intereses particulares. Hay pobres en el campo que son pequeños propietarios, otros que son ejidatarios y también hay jornale-

ros asalariados; en la ciudad las cosas no son menos complejas; hay pobres en el sector informal, obreros pobres y clases medias empobrecidas. Si nos referimos a los indígenas las cosas se complican aún más: ¿Qué pasa cuando los miembros de una comunidad están divididos por convicciones de orden religioso? ¿De qué lado se deben poner entonces los curas revolucionarios?

12. Se hundió el "socialismo real" y los teólogos de la liberación no dijeron pío. Su silencio persiste. Sin embargo, han encontrado un chivo expiatorio al que le atribuyen todos los males y lacras que azotan a la humanidad: El "neoliberalismo". Para ilustrar lo anterior vale citar textualmente las conclusiones de una reunión de obispos centroamericanos en noviembre del año pasado; según ellos, el neoliberalismo "provoca un agudo empobrecimiento, violencia social, marginación, discriminación, desempleo, salarios injustos y pérdida del valor adquisitivo, corrupción consumismo, delincuencia juvenil, drogadicción, así como narcotráfico, migraciones y deportados" (*Reforma*, 26/1195). Lo que los jerarcas católicos pasan por alto es que las políticas neoliberales datan de los gobiernos de Reagan (1981) en los Estados Unidos y Margaret Thatcher (1979) en la Gran Bretaña; pero los pobres en América Latina y en el resto del "tercer mundo" no nacieron hace 15 o 20 años. Curiosamente la satanización de las políticas neoliberales escamotea el drama de la explosión demográfica que se puede ilustrar con un solo dato: en 1955 España tenía 29 millones de habitantes y México apenas 28; hoy, los mexicanos sumamos más de 90 y los españoles andan sobre los 40. Cabe, pues, preguntarse: ¿mediante

cuáles políticas (neoliberales o de cualquier otra índole) se pueden generar los recursos que demanda un incremento de población de más del 300 por ciento en un lapso de apenas 40 años?

13. La oferta de la teología de la liberación es utópica en el mismo sentido que el "socialismo utópico" que criticaba Marx: poner al hombre en el centro de la economía —como demandan los teólogos— es un buen principio, deseable indiscutiblemente, pero para que sea operativo es indispensable que se acompañe del método y las indicaciones de cómo puede lograrse semejante propósito. Dicho de otro modo; todo el mundo quiere terminar con el SIDA, el cáncer y otras enfermedades que flagelan a la humanidad, pero ¿qué pensaríamos de un congreso de brujo que hiciera una crítica radical de los tratamientos actuales —sin duda insuficientes— y no propusiera otra cosa que poner al enfermo en el centro del tratamiento?

14. La teología de la liberación es un caballo de Troya para condenar el pluralismo religioso y el pluralismo *tout court* e imponer una sola verdad y una sola doctrina. El linchamiento moral y periodístico que organizaron los jesuitas en contra de una parte de los indígenas de Bachajón, Chiapas (los famosos "chinchulines"), ilustra la intolerancia y la violencia que conlleva "la opción preferencial por los pobres". La militancia por la instauración del reino de Dios en la tierra termina siempre en la quema de herejes o de "chinchulines"... que es lo mismo. Por eso la vieja sentencia de Nietzsche guarda todavía vigencia: "Los católicos (o al menos los teólogos de la liberación) no nos queman no porque no quieran, sino porque no pueden". <

Paisaje de la ciencia
EL EVANGELIO SEGÚN PASCAL

CARLOS CHIMAL



En el primer centenario de su descubrimiento, el electrón ha transformado el mundo. Las fiestas románticas fueron "magnéticas", los días en la playa a principios del siglo XX eran "radiactivos", días en los que se celebraban bailes "a la Röntgen" y la gente exhibía los huesos a la luz de los rayos X. Nuestros días, en cambio, son "electrónicos". Se tiene la sensación de vivir en medio de un "spin eléctrico". Cuando alguien baja el interruptor en medio de una fiesta se le abuchea y cuando algún mirón se recarga en la pared y mueve el apagador, todo mundo reacciona como las ranas de Volta. Se sabe que el mayor número de artefactos que desaparecieron de las tiendas la noche del apagón en Nueva York fueron radios de transistores y electrodomésticos.

Un héroe del cómic en los años sesentas era "Kilovatio", mil watts para iluminar nuestros pasos. Otro era el foco parlanchín de Ciro Peraloca, una especie de Tesla, el genio de origen croata que llegó a Ellis Island con unos billetes en los bolsillos, un cuaderno de poemas y una bitácora con los diagramas y cálculos de una máquina voladora. Trabajó para Edison y descubrió la corriente alterna, que impulsó con Westinghouse. Creyó que la Tierra podía ser un enorme conductor y que podía diseminar señales electromagnéticas por todo el universo. Era el hombre dinamo. Hoy Tesla es, junto con Arthur C.

Clarke, Kurt Cobain, Wynona Rider y J.G. Ballard, objeto de culto en el espacio cibernético. En las aventuras de Flash Gordon, así como en versiones de *Frankenstein* aparecen las "máquinas generatrices" que Tesla inventó, mientras que el Flash de los sesentas, miembro de la legión de superhéroes, llevaba un rayo eléctrico en el pecho. La inyección de los nuevos vehículos de automotores es "electrónica" y muchas marcas ofrecen computadora de viaje y sistemas de detección lejana de objetos mediante una especie de binoculares infrarrojos. En el conservacionismo *chic* de los 90 es de mal gusto usar pieles de animales y se impone la moda de adquirir automóviles de pilas.

A fin de explicarse a sí misma, la física que subyace en todo esto ha generado en los últimos cien años una maquinaria inventiva prolífica, cuyas relaciones con la letra impresa son diversas y profundas. En el laboratorio Cavendish se guardan innumerables objetos e ingenios para explicar un mundo electromagnético. Pueden consultarse también las "bitácoras de navegación", las memorias escritas para la construcción de modelos y aparatos diversos. Es una necesidad estética más que operativa la que lleva a los inventores a diversificar sus herramientas. ¿Para qué podría necesitar, por ejemplo, un picador de papel 100 utensilios distintos? Marx se sorprendía en su visita de 1867 a la ciudad de Bir-

mingham por la abundancia y propósitos de las herramientas de los maestros artesanos, quienes empleaban más de 500 martillos y cada uno cumplía una función específica en el trabajo de la madera, la piedra y el metal.

La muestra de que vivimos una era gótica son los aceleradores y detectores de partículas subatómicas. La magnificencia, diversidad y extraña belleza que reside en un complejo como este tiene paralelos en ciertos autores de ficción, desde Juan José Arreola hasta Philip K. Dick. La vida de un laboratorio químico o farmacológico es algo que han documentado en sus crónicas, reflexiones y ensayos Andrew Pickering, Steve Woolgart, Simon Schaffer y Bruno Latour.

De manera que, hoy, el electrón, el "perfecto inútil" es el motor del mundo. Resulta difícil encontrar un lugar en el planeta donde no haya una calculadora de bolsillo, un videojuego, una radio y una computadora procesando datos y enviando señales a un interlocutor, ya sea artificial o natural. Después de unos veinte años entre el público, las computadoras han encontrado finalmente su sitio en el corazón humano. Nada será igual después de haberlas conocido. Y todo por causa del electrón.

Tal vez el próximo siglo celebremos un "año del optoelectrón". En la actualidad, las investigaciones sobre los fenómenos ópticos relacionados con la electrónica han dado buenos resultados, bajo la premisa de que la luz puede hacer cosas que los hilos conductores de corrientes eléctricas no pueden, por muy puros que sean sus cristales. La experiencia prematura del videofono hace algunos años fue frustrante por la impureza de las líneas de cobre; sin ser luz, las líneas de fibras ópticas ofrecerán muy pronto videofonos casi sincronizados. La luz, en

cambio, podría transportar más información y no interferiría con otras corrientes eléctricas, como sucede en la actualidad. Las supercomputadoras por las que transita información científica, tecnológica, comercial, financiera, política y militar operarían aún más rápido si sus procesadores estuvieran comunicados mediante cuantos luminosos y no a través de impulsos eléctricos.

Las ciudades son la expresión más acabada de estos ríos de luz. En ellas el vapor de sodio, los neones, los focos transparentes y equívocos, las bombillas suaves y difusas, las lámparas incandescentes y las lámparas "falsas", todo lo que fluoresce, lo espectral y lo fotogénico, los cuerpos luminiscentes y los fosforescentes, al igual que los martillos de Birmingham, forman parte del catálogo de la evolución humana'. La luz ha acompañado nuestro camino y no podría ser de otra manera. Ciudades como la de México y puertos como Kobe, vistos de noche, desde sus colinas ofrecen una sensación similar. Los djin-richi-san porteños y los ciclistas del Zócalo mexicano están, en efecto, en ese instante hibernal en el que para vivir más cabalmente se funden con su propia imagen. Son conocidas, además, las extrañas luces azules y rojizas que relampaguean en el preámbulo de un terremoto, como los que suelen amenazar a ambas regiones tan apartadas del mundo.

No se trata sólo de frases. Ciertamente México y Kobe tienen algo en común, remoto e inesperado. En un foro de discusión científica por Internet, alguien lanzó una pregunta: "¿Qué pasará con la civilización humana en un futuro distante? ¿Cuáles serán sus restos? ¿Qué encontrará un arqueólogo del futuro de nuestro paso por la Tierra si de pronto una epidemia viral, un meteorito o las consecuencias del sobrecalentamiento de la Tierra acabara con todos? ¿Quedaría algún raso de inteligencia?". Con "un futuro distante" se quería decir no uno ni dos millones de años, sino, como decía mi tío, la "friolera" de ¡65 millones de años!

Desde luego, la importancia de los ritos funerarios para la especie humana es una ventaja, ya que las joyas en oro y platino, un termómetro con mercurio, las piezas dentales o las incrustaciones en otras partes del cuerpo serían una prueba inequívoca de que por aquí pasó alguien queriendo desafiar la entropía universal. Si las delicadas creaturas en el piso marino han sobrevivido en el registro fósil, ¿por qué no habrían de perdurar estos objetos de la tecnología humana? Sin embargo, un físico del estado sólido y conocedor de la corrosión puso sus objeciones. Por muy lenta que sea la acción del agua y de los sedimentos, todo material trabajado por el hombre es "metaestable", es decir, tiende a regresar a un forma química más simple. Y 65 millones de años son muchos años.

Ni siquiera materiales tan "estables" como los que se emplearon para construir las pirámides en Egipto, el moderno concreto, el vidrio y los plásticos durarán más de dos millones de años, entre las estimaciones más optimistas. Quizá los materiales "superestables" tengan mejor suerte. Algunos nuevos materiales cerámicos podrían resistir enterrados en grandes profundidades. La pregunta es: ¿Alguien los reconocerá?

Otros creen que si en algo se va a notar el paso de hombre en la Tierra es por el número de extinciones que estamos ocasionando. Dentro de 65 millones de años, aseguran, el registro fósil de los animales más pequeños y algunas plantas será indicio de la enorme extinción que ocurrió en este período interglacial. Alguien pregunta: "Suponiendo que pudieran

asociar dichas extinciones con la erosión del suelo fértil a nivel mundial, ¿reconocerían que esto fue obra de una especie inteligente? No lo creo".

Sin embargo, existe una lejana posibilidad de que la inteligencia deje algún rastro. Mary Leakey encontró las huellas de un adulto y un niño en Laetoli, Tanzania, conservadas bajo ceniza volcánica 3.5 millones de años. Debido a que la fosilización requiere de un corte acelerado en los efectos del oxígeno y la simultánea mineralización de los restos, quizá ciudades cercanas a un volcán, como antes Pompeya, Herculano y Stabias, podrían conservarse hasta el final de los tiempos si fueran cubiertas repentinamente por la lava volcánica. Estos son algunos de los temas que ventilan los internautas en la Aldea Gótica.

INTERNET Y LITERATURA

Más allá de enumerar simplemente lo que puede encontrarse en esas gigantescas bases de datos sobre autores clásicos, modernos y contemporáneos, sobre revistas, bibliotecas universitarias y personales, experiencias novelísticas colectivas, culto al ciberespacio y a la literatura gótica, ¿qué tienen que ver estos dos fenómenos de la expresión humana? Detrás de este mundo paralelo, que corre casi en tiempo real (casi porque tiene un límite, la velocidad de la luz), hay una nueva cultura, tan diversa, lunática y original como lo fue en su momento la cultura hippie y su experiencia con las drogas. Y esa cultura del espacio cibernético tiene sus propios lenguajes.

Los creadores de estos ensambladores, compiladores y lenguajes "vernáculos" se han convertido en una especie de modernos patriarcas, de cuya rama se desprenden los nuevos evangelistas (los escritores de juegos electrónicos y programas que van "carga-

dos" en todas las computadoras) a pregonar la palabra escrita entre las tribus de Oriente y Occidente. Son, como decía Goethe de los matemáticos, una especie de francés: lo que les platiques, enseguida lo traducen a su propio lenguaje y, vite!, todo ha cambiado.

Para ellos hay, ciertamente, un eco que se extiende entre el idioma de los antiguos egipcios y RPG; FORTRAN equivaldría a una especie de griego "primitivo" (en el caso de que creamos que las lenguas evolucionan), mientras que para algunos de ellos COBOL "sonaría" a latín bajo. LISP, el primer metalenguaje que buscaba simular el funcionamiento de las redes neuronales, evocaría el hebreo; APL es semejante al mandarín; PL/I es una especie de francés, BASIC encontraría su analogía en el español, C sería como el inglés y PASCAL como el alemán. Esta es otra típica charla en el ciberespacio.

El primero de estos lenguajes artificiales en el que los programadores encuentran correspondencias con alguna lengua natural es RPG. Ha sido comparado a un dialecto del antiguo Egipto. Es un lenguaje prácticamente extinto de las computadoras del mundo y parece haber sido escrito realmente en otra era. Sólo corre en "mainframes" de IBM y su nombre quiere decir: "RePort Generator". ¡Quién sabe en qué estaban pensando sus creadores! Es un arcano que pocos han visto y pronto sólo alguien obstinado podrá descifrar lo que se haya escrito en él. Hay quienes opinan que es como querer conducir un camión con llantas cuadradas.

FORTAN equivale al griego temprano porque sus bases matemáticas son buenas pero elementales. Por ello, entre la comunidad de matemáticos este lenguaje (acrónimo de "formula translation") es considerado "cosa de físicos". FORTRAN II ("estructura-

do") fue el primer lenguaje de programación aceptado universalmente porque expresaba muy bien las transacciones financieras. Apareció en 1958 y podría compararse, para seguir con el ejemplo, al griego moderno. No obstante, quizá sea injusto con el griego, pues FORTRAN es un programa infame que, además, solía enseñarse ¡en tarjetas perforadas! En realidad, hay quienes lo ven a la distancia como un "devorador de números". En cuanto al FORTRAN "estructurado", no hay que olvidar que, aunque la mona se vista de seda...

COBOL (Common Business Oriented Language) es, sin duda, el latín tardío del espacio cibernético. Revisado y expurgado desde su primera versión en 1959, asemeja una lengua retórica, obtusa, decadente, cuya única gracia es utilizar frases y palabras de las lenguas naturales. Sin embargo, por inercia tecnológica, el mayor número de programas corren aún en COBOL. En cambio, y aunque no tendría un correspondiente con un lenguaje natural, vale la pena anotar que SNOBOL (String Oriented Symbolic Language) es poderoso en la compilación de programas y en la generación de ecuaciones simbólicas, de manera que ha resultado particularmente útil en la edición de textos electrónicos, en lingüística, así como en la manipulación simbólica de expresiones algebraicas.

LISP (List Processor), que apareció en 1960, ha permanecido como un enigma para muchos programadores. Es un lenguaje para construir reglas en otros lenguajes. Es, pues, una especie de hebreo. Según algunos lingüistas computacionales, LISP es para "cínicos que conocen el valor de todo y el precio de nada". Es un programa autorreflexivo. Cuando le preguntamos a un programador de LISP cómo definiría su lenguaje, nos muestra un fragmento escrito

en... LISP. "Puede razonar por él mismo", dice, confiado.

APL es otro arcano. Contiene infinidad de caracteres especiales. Quienes escriben en él lo conciben esencial y profundo, como un haikú. El mandarín genérico carece de marcas de inflexión y de aquellas para indicar las partes de la oración, de manera que mantiene un orden fijo. Algo similar pasa en APL. Alguien se pregunta, sin embargo, si habrá existido alguna vez.

No pasa lo mismo con PL-1, que es recursivo. BASIC, dirigido a aficionados y principiantes, es un lenguaje que, al igual que el español, puede resultar muy imaginativo pero que tiene algo de ese estilo desbordado, a veces ampuloso, que necesita mucho espacio para decir poco. C es el lenguaje favorito de muchos programadores que aspiran a aprendices de brujo, a "tomar el poder" en el espacio cibernético. Es un lenguaje de moda, como el inglés. Hay quienes opinan que C es, en realidad, un lenguaje para hackers, una regresión de quienes pasaron su niñez desarmando radios, planchas, batidoras, tostadores de pan. Rasuradoras. Es un lenguaje sumamente críptico y pasa como los buenos vinos en paladares inexpertos: la primera probada amarga hasta que uno se acostumbra y sabe descubrir con el tiempo sabores y aromas escondidos en esas botellas.

PASCAL equivaldría al alemán porque el truco está en el control. Es un programa diseñado por una persona y no por un comité. Los mejores lenguajes están diseñados por individuos. Dicho sea de paso, el espacio electrónico está dominado por el gótico, como se ha dicho, y una fuerte presencia neoclásica. Los comités por lo general producen engendros, como sucede con los intentos de novelar en forma colectiva. A diferencia de FORTRAN y C, PASCAL es fiel a

la historia de los lenguajes e interpreta el pasado. Si lenguajes como ALGOL y ALGOL 68 son expresiones de barroquismo, PASCAL es una reinterpretación neoclásica del pasado de estas lenguas jóvenes. Es la respuesta de un artista al ladrido del perro en el espacio cibernético.

NOTAS

¹ La vida de William Thomson, más tarde Lord Kelvin, nos permite asomarnos al escenario de esta revolución tecnológica y sus consecuencias tanto para el pensamiento científico como para las sociedades modernas. Puede consultarse, por ejemplo, *Energy and Empire. A biographical Study of Lord Kelvin*, Smith, C. y Wise Norton, M. CUP, 1989.

² Todo y nada, como su esencia misma, basada en unos y ceros. Deben notarse,

sin embargo, ciertas diferencias entre los *browsers*. El mejor sigue siendo Yahoo! Lycos no ofrece malas alternativas e Infoseek hace grandes esfuerzos. La sección de literatura de Yahoo! es mayoritariamente anglosajona, aunque hay algunos autores de habla hispana en medio de un champurrado fenomenal. Después de un periodo comunitario, en unos cuantos años la fiebre cibernética ha terminado por someter la red a las leyes de la oferta y la demanda. Los viejos internautas, que se comunicaban mediante Arpanet o Bitnet, se sienten como aquellos colonos a los que un buen día les dijeron, después de haber cultivado la tierra, "tienes que moverte porque por aquí va a pasar la nueva autopista, ¿entendiste?".

La triple W dejó de ser un espacio horizontal y mantiene una colección de chusquerías y desmesuras en línea. Hay una traducción del Quijote, "la definiti-

va al inglés", estudios sobre Petronio y un foro "De Imperatoribus Romanis". Puede uno encontrarse a Paul Auster, James Baldwin, Below y Bukovski junto a Akutagawa Ryunosuke y Kenzaburo Oé, Endo, Octavio Paz, Borges, García Márquez y Carlos Fuentes. Pero no están representados. Cruzar referencias en los hipertextos de hoy es una rutina porque Internet funciona ya o casi ya como la radio o la televisión, sin llegar a ser puramente imagen. Sin embargo, en el espacio cibernético, textual, no existe una buena página informativa sobre las novedades y tendencias de la literatura mexicana, por ejemplo. Hasta hace poco tiempo, la página de la institución Nobel no tenía una biografía mínima de muchos de sus premiados. En cambio autores eficaces, con algunos buenos personajes y tramas bien armadas pero nada más, merecen varios kilobytes y la fe electrónica de sus clubes de fanáticos. ◀

